HARLEQUIN®

Bianca®



Verdades y mentiras

Melanie Milburne

Verdades y mentiras

Melanie Milburne

Bianca®
HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2005 Melanie Milburne. Todos los derechos reservados.
VERDADES Y MENTIRAS, Nº 1684 - 12.7.06
Título original: The Greek's Bridal Bargain
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8175-3
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo 1

BRYONY, por favor, no entres ahí –le pidió temblorosamente Glenys Mecer a su hija–. Tu padre está con... una visita importante.

Bryony soltó el pomo de la puerta del despacho principal y se volvió para mirar a su madre.

–¿Quién es?

Su madre pareció envejecer a ojos vista ante la mirada azul y transparente de Bryony.

–Me parece que tu padre preferiría que no te lo dijera –Glenys se retorció las manos–. Ya sabes cómo son estas cosas.

Efectivamente, Bryony lo sabía. Se acercó a su madre y sus pasos ligeros resonaron en el inmenso vestíbulo, lo cual le recordó el vacío de aquel caserón desde la muerte de su hermano.

Desde que Austin murió, hacía diez años, parecía como si la casa estuviera abatida, como el resto de la familia. Cada ventana, esquina o habitación sombría evocaba a un joven que había perdido la vida muy pronto, incluso los crujidos de la escalera parecían lamentar esa pérdida.

–¿Qué pasa, mamá? –preguntó Bryony con una voz más apagada.

Glenys no pudo aguantar la mirada de su hija y la bajó para distraerse con la barandilla tallada.

–Mamá...

–Bryony, por favor, no me atosigues, mis nervios no lo aguantarían...

Bryony contuvo un suspiro. También conocía bien los nervios de su madre.

Oyó un ruido detrás de ella y se dio la vuelta para ver a su padre que salía del despacho. Estaba pálido.

–Bryony... me pareció oírte entrar –él se pasó el pañuelo por la despejada frente.

–¿Te pasa algo?

Bryony fue a acercarse a su padre, pero se paró en seco al ver una figura alta que aparecía en la puerta. Bryony se quedó paralizada al ver a Kane Kaproulias, el enemigo declarado de su hermano. Intentó decir algo, pero no pudo. Le temblaban las piernas y tenía el pulso muy acelerado. Era más alto de lo que ella recordaba, pero diez años era mucho tiempo. Los ojos marrones parecían más oscuros y las cejas rectas le daban aire de arrogancia. Lo miró inmediatamente a la boca, como hacía siempre desde que ella le hizo una cicatriz en el labio superior. Seguía allí.

–Hola, Bryony.

La voz grave y aterciopelada la sacó de su ensimismamiento y se encontró con la mirada irresistible de él.

Bryony se aclaró la garganta, pero la voz le salió ronca y vacilante.

–Hola... Kane...

Owen Mercer se guardó el pañuelo en el bolsillo y se dirigió a su hija.

–Kane quiere comentar algo contigo. Tu madre y yo estaremos en la sala verde, por si nos necesitas...

Bryony frunció el ceño y observó a sus padres que salían del vestíbulo como si alguna amenaza pendiera sobre sus cabezas. En las palabras de su padre había una advertencia velada, como si temiera que aquel

hombre pudiera hacerle algo mientras estaba a solas con ella.

Bryony se volvió para mirar a Kane con una expresión de recelo.

–¿Qué te trae por Mercyfields, Kane?

Kane sujetó la puerta del despacho e hizo un gesto con la cabeza para que ella entrara. El silencio de Kane la desasosegaba, pero ella no estaba dispuesta a demostrarlo. Bryony pasó con un gesto inexpresivo e intentando no fijarse en el traje hecho a medida ni en el especiado aroma de su colonia.

Bryony pensó que el hijo bastardo de la sirvienta de Mercyfields se había labrado una próspera carrera profesional. Ya no quedaba rastro del larguirucho niño, parecía un hombre acostumbrado a salirse con la suya y que no aceptaba ordenes de nadie.

Ella atravesó la inmensa alfombra persa y se sentó en la butaca que había junto al ventanal que daba al lago. Cruzó las piernas y se miró la punta del zapato para mantener la compostura. Sabía que él estaba observándola. Notaba la presión de su mirada en todo el cuerpo, como si estuviera tocándola. Estaba acostumbrada a las miradas masculinas, pero cuando la miraba Kane Kaproulias era como si la desvistiera y quedara expuesta a aquellos ojos negros.

Bryony se dejó caer contra el respaldo y lo miró con frialdad. Él aguantó la mirada sin decir nada. Ella sabía que era una especie de prueba para ver quién apartaba antes la mirada. Kane posó los ojos en la boca de ella y Bryony sintió una necesidad casi irresistible de pasarse la lengua por los labios, pero se contuvo con toda su alma. El esfuerzo para parecer inalterada era tan grande que empezó a notar cierto dolor de cabeza y su resquemor hacia él aumentó otro grado.

Ella no aguantó más. Se levantó precipitadamente y se cruzó de brazos.

–Muy bien. Podemos ahorrarnos los prolegómenos y pasar directamente al motivo de tu visita.

Él siguió mirándola durante un instante.

–Me pareció que era el momento de visitar a la familia Mercer.

–No entiendo el motivo. Ya no estás en la lista de amigos de la familia.

Él apretó los labios y ella recordó que aquel gesto era su versión de una sonrisa.

–Ya me lo imaginaba.

Ella apartó la mirada de la cicatriz. Le sorprendía que todavía le afectara después de tanto tiempo. Él parecía en forma, como si hiciera mucho ejercicio, y estaba bronceado, pero su ascendencia griega por parte de madre le daba ventaja con el sol de verano. Ella, en contraste, parecía lechosa, a pesar del calor que había hecho.

–¿Qué tal está tu madre? –se sintió obligada a preguntarle.

–Murió.

Bryony parpadeó ante su franqueza.

–Lo... siento... No lo sabía...

–Claro –los ojos de Kane brillaron con cinismo–, supongo que el fallecimiento de una sirvienta de toda la vida no es tema de conversación en la mesa de los Mercer.

La amargura de las palabras escoció a Bryony. Ella detestaba tener que reconocerlo, pero él tenía razón. Sus padres nunca hablarían de un sirviente como de una persona normal. Ella se había criado en ese ambiente, pero al hacerse mayor se había alejado de ese esnobismo trasnochado. Aunque no pensaba permitir que él lo supiera. Prefería que siguiera pensando que

era la heredera mimada de los Mercer. Lo miró por encima del hombro y volvió a sentarse ceremoniosamente en la butaca.

–¿Y bien...? –Bryony se miró las uñas antes de mirarlo a los ojos–. ¿A qué te dedicas, Kane? Supongo que no habrás seguido los pasos de tu madre y no limpiarás lo que otros han ensuciado...

Bryony supo que había parecido tan insustancial como él la había considerado siempre.

–Supones bien –Kane se reclinó sobre la mesa del despacho con la misma indolencia que ella había asociado siempre con su padre–. Se podría decir que estoy en el mundo naviero.

–Qué griego... –comentó ella con un sarcasmo evidente.

–Soy un ciudadano tan australiano como tú –Kane la miró retadoramente–. No he estado nunca en Grecia ni hablo griego.

–¿Cómo puedes estar seguro de tu ascendencia? –le preguntó ella–. Creía que no sabías quién era tu padre...

Fue un golpe muy bajo y ella no se sintió orgullosa, pero la actitud de él la había exacerbado. Notó que él contenía su ira.

–Compruebo que sigues igual de impertinente –replicó Kane.

Bryony tenía la mirada clavada en los insondables ojos de él.

–Lo soy cuando me obligan.

–Esperemos que apechugues con las consecuencias si te sientes obligada a serlo en un futuro próximo.

Bryony no pudo evitar fruncir levemente el ceño ante semejante declaración.

–¿Por qué has venido? –le preguntó ella–. ¿Qué motivos tienes para estar aquí?

–Tengo unos cuantos.

–Empecemos por el primero –ella levantó la barbilla aunque temblaba por dentro.

Él cruzó las piernas a la altura de los tobillos y eso atrajo la mirada de ella hacia sus musculosas piernas. Bryony hizo un esfuerzo por apartar la mirada y mantener su gesto de esfinge.

–El primero es... –Kane hizo una breve pausa que aumentó el desasosiego de ella–. Ahora soy el dueño de Mercyfields.

–¿Qué has dicho? –a Bryony se le salían los ojos de las órbitas.

Kane pasó por alto la pregunta y siguió sin alterarse.

–El segundo es que también soy dueño de las empresas Mercer.

–No... te creo... –ella intentó dominar al pánico que la abrumaba.

–También soy dueño del piso junto al puerto y del yate –Kane volvió a hacer una pausa y la miró inexpresivamente–. No obstante, he permitido que tu padre conservara el Mercedes y el Jaguar. Yo ya tengo mis coches.

–¡Cuánta generosidad! –exclamó ella con sorna–. ¿Hay alguna propiedad más de los Mercer que creas que es tuya?

Él esbozó una sonrisa detestable que heló la sangre de Bryony.

–Bryony, no es que yo crea que soy dueño de los bienes de Mercer, es que realmente lo soy...

Kane tomó un montón de papeles de la mesa y se lo entregó a ella. Ella los tomó con manos temblorosas y buscó la firma de su padre, pero no la encontró. Todos los documentos eran iguales. El señor Kane Leonidas Kaproulias era el propietario de todo el patrimonio de

Mercer. Las casas, la empresa, las inversiones, el yate...

Bryony dejó caer los documentos mientras se levantaba vacilantemente.

–No lo entiendo... ¿qué ha pasado? Mi padre nunca permitiría que las cosas llegaran a este punto. Él preferiría morir antes que ver cómo te quedabas con todo.

–En realidad –Kane volvió a sonreír–, al final lo aceptó de muy buena gana...

–No te creo. Tienes que estar chantajeándolo o algo parecido. Él nunca permitiría que tú...

Bryony se detuvo al acordarse del extraño comportamiento de su padre durante la última temporada. En Navidad ella se marchó un par de días antes porque él no paraba de incordiarla.

¿Se habría propuesto Kane destrozarlo? Desde luego, no le faltaban motivos. Aunque su padre le había pagado la educación en centros privados, también lo había tratado muy mal mientras había vivido con ellos, mientras su madre trabajó de sirvienta en la casa. Además, Austin, el hermano de Bryony, lo maltrató constantemente y ella misma se había portado fatal con él, algo de lo que se arrepentía cada vez que lo pensaba.

–Yo no lo llamaría chantaje. Diría que le he convencido para que se plantee que no tiene muchas alternativas. Como había supuesto, él tomó la salida más fácil.

–¿La salida más fácil? –ella lo miró con incredulidad–. ¿Te parece que entregar un patrimonio de varios millones de dólares es la salida más fácil?

–Lo es si te enfrentas a una buena temporada en prisión.

Ella lo miró sin decir nada y el corazón a mil por hora.

–¿Prisión...?

–Cárcel, chirona, presidio, trena, calabozo...

–Sé qué es una prisión –espetó ella–, pero no entiendo por qué mi padre iba a ir allí. ¿Se olvidó de tu cumpleaños?

–Ahora, eso, desde luego, sería un delito, dados los cinco motivos que me han traído aquí.

Bryony hizo recuento mentalmente y sólo le salían cuatro.

–¿De qué estás hablando? Ya lo tienes todo, ¿qué te falta? –le preguntó ella.

–Me sorprende que no lo hayas adivinado. Al fin y al cabo, es lo único que quise desde el día que mi madre y yo salimos por la puerta de Mercyfields.

–Venganza... –musitó ella con tono de espanto–. Estás buscando venganza...

–¿Cómo crees que conseguiría esa venganza, encantadora Bryony? –la miró fijamente.

–No sé cómo funciona la mente de un psicópata –ella lo miró con todo el desprecio que pudo–. Me temo que vas a tener que decírmelo.

Él soltó una carcajada atronadora que la paralizó de horror.

–Es curioso que te parezca un psicópata.

–¿Qué ibas a parecerme si no? Te expulsaron de Mercyfields con una condena por daños a bienes materiales y crueldad desmedida con los animales. ¿Acaso te has olvidado del perro de la señora Bromley?

–Yo no cometí ese delito concreto –la miró como si fuera a atravesarla–. En cuanto a los daños a los bienes, fue un desgraciado arrebato de ira que pagué completamente.

–Vaya –dijo ella con tono despectivo–, te has convertido en un santo durante los últimos diez años... Es una pena que yo no lo note.

–Sólo notas lo que quieres –replicó él con resquemor–, pero llegará el momento en el que tengas que afrontar la brutal realidad de la verdad.

–Me parece muy divertido que menciones la palabra «verdad» como si supieras lo que es. Dime, Kane, ¿qué tortura has planeado? Supongo que yo seré la víctima, si no ¿por qué me han llamado?

–Tu padre tiene la mala costumbre de ser muy mandón, pero espero que pronto se dé cuenta de su error. Yo pensé que lo mejor para ti era que estuvieras aquí esta tarde, pero no pedí que él te llamara.

–¿Podríamos ir al meollo del asunto? –preguntó ella con impaciencia–. Empiezo a estar cansada de los juegos de palabras.

Kane tomó aire y observó el gesto inflamado de ella. Ella tenía una impresión pésima de él y eso, por el momento, le convenía. No podía permitir que ella supiera el motivo verdadero que lo había llevado allí. Había esperado mucho tiempo para verse las caras con Owen Mercer. Durante diez años había trabajado como un animal para salir del arroyo donde lo habían arrojado.

Austin Mercer había encontrado su destino y él sabía que la familia Mercer todavía sufría su pérdida. Él, sin embargo, no lamentaba lo más mínimo que el único Mercer varón estuviera enterrado.

Sophia, la madre de Kane, también había muerto y él no había podido ofrecerle todo lo que le habría gustado darle en pago a los sacrificios que ella había hecho. Los repugnantes sacrificios que Owen Mercer le había obligado a hacer.

Kane percibió los esfuerzos que Bryony estaba haciendo para parecer tranquila y la admiró por eso. Su padre se había hundido como el cobarde que era, pero ella era una luchadora y él conservaba una cicatriz que lo confirmaba.

Era más hermosa de joven que de niña. Era esbelta y se movía con la elegancia de quien había aprendido ballet. Tenía un pelo rubio y sedoso agarrado en la nuca con una pinza y los ojos eran de un azul celeste e hipnotizador. La boca, carnosa, solía adoptar una sonrisa engreída, pero él sabía que lo hacía porque lo consideraba muy inferior, como si no mereciera la sonrisa impagable que ofrecía a otros hombres.

Sin embargo, él era paciente. Había esperado hasta ese momento y podría esperar un poco más...

A Bryony, la mirada de Kane le parecía perturbadora, pero se mantuvo en su sitio y esperó a que él hablara. Se dijo que él no podría hacer nada peor que lo que ya había hecho. Si era verdad que era el dueño de todo, ella tendría que irse de su piso en la ciudad, pero podría alquilar cualquier otro piso. Su trabajo de profesora de ballet la proporcionaba unos ingresos aceptables, aunque tenía que tener cuidado con los gastos, sobre todo cuando no podía cobrar su tarifa normal a unos niños con escasos recursos que se retrasaban en los pagos. También sabía que podría completar sus ingresos de otra forma, pero no pensaba pedir la ayuda de su padre. Contuvo una risa histérica cuando se le pasó por la cabeza la idea de limpiar casas.

–¿Podrías contarme el chiste? –le preguntó Kane.

–No –ella lo miró–, la verdad es que no tenía ninguna gracia.

–Casi nada lo tiene en esta vida, ¿verdad?

Ella apretó los labios. Kane sabía muy bien que ella idolatraba a su hermano. Efectivamente, la vida ya no tenía ninguna gracia.

–He hecho un trato con tu padre –declaró él después de uno de esos silencios desquiciantes.

–Ah... –ella esperó que hubiera parecido desinteresada.

–Le doy la oportunidad de evitar la espantosa experiencia de un proceso judicial.

–¿Por qué lo haces? –ella frunció el ceño–. Sobre todo cuando...

Bryony no terminó la frase. Todavía se acordaba del la vergüenza y deshonra que había sufrido Sophia Kaproulias cuando acusaron a su hijo de daños premeditados. El periódico local se ensañó con él y dijo que Kane era un rebelde desagradecido que se había levantado contra el benefactor que había pagado su educación privada. La ley cayó con todo su peso sobre él y ella se alegró. Supo que Kane pasó algún tiempo entre rejas, pero salió pronto por buena conducta. Por algún motivo, para ella Kane y buena conducta no conjugaban, sobre todo cuando la miraba como si fuera una presa que iba a atrapar.

–Tu padre no sobreviviría un mes en prisión –explicó Kane–. Tu madre no pasaría del primer día.

–¿Mi madre? –lo miró con una súbita angustia–. ¿Qué tiene que ver mi madre en todo esto?

–Tu madre estaría implicada como cómplice de un delito. Además, como la fortuna familiar es mía, no podrían contratar a ningún abogado aceptable.

–Estás inventándotelo... eres...

–Me temo que no, Bryony. Durante los últimos años, tu padre ha hecho algunas operaciones sospechosas. Yo me enteré y decidí que era el momento de que diera la cara, por decirlo de alguna manera.

–Ante ti, naturalmente –la mirada de ella era gélida.

–Naturalmente.

–Entonces –ella tomó aliento–, ¿cuál es mi papel en todo esto? No puedes implicarme. No tengo nada que ver con los negocios familiares.

–Es verdad. Sin embargo, tienes que representar un papel bastante notable. Si no lo haces, tus padres sal-